

Puntuaciones metodológicas de una experiencia

Paola Casco | UNER
paolacasco.a@gmail.com

Hace dos años y medio comenzaba a dar mis primeros pasos académicos por fuera de lo que ofrece el plan de estudios de la carrera¹, en busca de complementarla, nutrirla, repensarla. Nunca había estado en espacios de investigación o extensión, formar parte de un equipo o participar de un modo de trabajo colectivo era algo novedoso. Pensé en recuperar, para esta instancia, algunas cuestiones que hayan provocado un cambio en mí; me refiero a experiencias, escenas después de las cuales no volví a ser la misma. Sin duda, cuanto más escarbaba en mi memoria, más se multiplicaban los recuerdos. He elegido compartirles trazos generales de esta experiencia a partir de algunas puntuaciones metodológicas del trabajo desarrollado.

En un artículo publicado en el primer número de la revista *Educación y Vínculos*, la directora del proyecto², Carina Muñoz, describe la metodología de trabajo que llevamos adelante en las escuelas en las que hemos estado insertas e insertos. En este sentido, señala que en el marco de las condiciones que plantea un proyecto de carácter integral, la metodología adoptada se ha caracterizado por tres aspectos. En primer lugar, se trata de una *investigación-acción* en la que aparece la dimensión vivencial del trabajo, donde dicha acción se vuelve una centralidad teórico-metodológica, a través de la cual una experiencia viva es reconstruida teóricamente. En segundo lugar, se trata de un *trabajo interdisciplinario* en tanto recupera los aportes de la educación y la salud mental para planificar y ejecutar las intervenciones, sostenerlas, repensarlas y escribir-socializar las experiencias. Y, por último, manifiesta aspectos propios de un *hacer interinstitucional e intersectorial*, en el que, por un lado, se recrean permanentemente los lazos entre dos grandes instituciones educativas, como son la escuela y la universidad y, por el otro, se hacen partícipes distintos referentes escolares, como profesores, preceptores, directivos, entre otros (Muñoz, 2018).

Durante todo este tiempo, la dinámica de trabajo se ha desplegado entre dos instancias, unas en las que no programábamos y desarrollábamos las *intervenciones situadas* (tales como los juegos en el patio, las tareas áulicas y de áreas propuestas por integrantes de las propias escuelas, y los espacios de formación compartida entre nosotras y docentes de las instituciones) y otras de *recuperación de emergentes situacionales* y de *supervisión*. Volviendo a lo que decía al principio, quiero detenerme en estas últimas porque fueron las que más me interpelaron acerca de mi

¹ La Licenciatura en Ciencias de la Educación

² Proyecto Integral: *Vínculo Pedagógico, Transmisión y Lazo Social en la Escuela Secundaria. Sobre las Relaciones Intergeneracionales, Aprendizaje y Socialización*, Facultad de Ciencias de la Educación-Universidad Nacional de Entre Ríos (2016-2018).

propia formación, de nuestra formación. Tanto las reuniones postrabajo como las supervisiones a cargo de una profesional de la salud mental, se constituyeron en espacios de *interlocución* reales. En ambos momentos, quienes participábamos nos sentíamos invitados a distanciarnos de lo vivido, a analizar juntos lo experimentado. Sí, juntos, acompañándonos desde un trabajo grupal que no se reducía al mero hacer en las escuelas y al sostenimiento de una *escucha* atenta hacia los sujetos de esa institución. En efecto, ese momento de conversación posibilitaba *reconfiguraciones de las demandas escolares* que requerían de una reflexión, delimitada espacial y temporalmente, pero lo que yo pude rescatar de estos dos dispositivos —las reuniones postrabajo y las supervisiones— fue, especialmente, el modo en que se recuperaba nuestro costado más humano. Digo así porque la pregunta sobre «cómo se sienten», «qué les paso con tal o cual escena», nunca faltaba, como así también el aliento y la contención desde el afecto, la horizontalidad y, por qué no también, desde la teoría. Eran espacios habilitados para las inquietudes, para el no-saber, para la duda. Y, al mismo tiempo, tampoco se renegaba allí de los malestares que afloraban, de los conflictos interpersonales, de la incertidumbre que siempre, de una forma u otra, acechaba. Eran espacios para habilitar la pregunta por el sentir, cuya ausencia inunda muchos de los pasillos institucionales; es decir, hemos hecho la experiencia de comprender que la sensibilidad no es algo ajeno a la racionalidad, sino todo lo contrario. Y, sin duda, lo que ocurría allí, en esos espacios, era una verdadera producción de conocimiento. Sí, lejos del laboratorio, lejos de las estadísticas, pero también lejos de la soledad, estábamos nosotras y nosotros allí produciendo, pensando. Con esto no quiero menospreciar las formas habituales en las que el saber se construye; propongo que atendamos al hecho de que no podemos considerarlas como las únicas.

En este sentido, pienso en los modos en que los y las universitarios/as nos relacionamos con el campo profesional, en nuestro caso, con la escuela. A medida que buscamos definirla desde nuestros propios parámetros teóricos, o juzgarla en función de nuestros propios fines y tiempos académicos, la relación puede tornarse incluso violenta. También pienso en la interpretación que hacemos de ciertas teorías materializadas en consignas; el punto de vista que nos permite intervenir, muchas veces nos impide el reconocimiento de ese *Otro* que está allí. Quiero decir, nuestro propio conocimiento es el que, del mismo modo que nos posibilita, nos obstaculiza la comprensión de las dinámicas institucionales y obstaculiza la producción conjunta, la construcción de una *interinstitucionalidad* otra.

Hemos aprendido a sospechar de ciertas tradiciones disciplinares que descuidan la existencia de lo impredecible, de lo inesperado, autoafirmándose en una pretendida seguridad para alcanzar respuestas eficaces para todas las preguntas. Esta experiencia de formación, esta estructura desestructurada que ha adoptado el proyecto, también rompe con una idea de trabajo pedagógico individualizado, porque es la centralidad de la acción,

de la que hablaba antes, que imposibilita que esto sea siquiera una posibilidad. Además, el trabajo interdisciplinar que se plantea aquí convoca a un diálogo de mayor fluidez entre perspectivas.

Estos son algunos aspectos que destaco aquí, en la brevedad de este ensayo, de la experiencia vivida, aquellos aspectos que han interpelado el saber sobre educación que, obviamente, se va construyendo en múltiples espacios de formación. Más que desarrollos acabados, son puntuaciones para seguir con el desafío de re-pensarnos como comunidad.

Bibliografía

MUÑOZ, Carina [en línea] (2018). Vínculo pedagógico, lazo social y transmisión. Educación y Vínculos, Vol. 1, N° 1, 60-75. [Consulta: 15 de junio de 2018]. Disponible en: <https://www.fc.edu.uner.edu.ar/educacionyvinculos/wp-content/uploads/sites/11/2018/02/Mu%C3%B1oz.pdf>